

naturales é históricas; así es que todo aquel artificio, toda aquella violencia hecha á la historia y á la naturaleza, no podían durar mucho tiempo.

Cuando las cóleras comenzaron á encrespase, su objetivo fué Versailles, en donde, según se supo, se gastaba la sexta parte del presupuesto de Francia. El rey, que vivía ocioso entre ociosos y que nada quería «saber» de los males de la nación, fué puesto en parangón con los que se morían de hambre. Una estampa lo representa en la mesa mientras un criado acerca á su boca un aldeano clavado en un tenedor: Versailles es el sitio en donde el rey se come el reino.

Entre las causas de la Revolución francesa hay que poner el miedo á París y la idea de orgullo que indujeron á Luis XIV á querer hacer de un palacio, que en su origen había sido un cazadero en lugar apartado, la capital de Francia.

CAPÍTULO II

LA CRISIS

I. La oposición de los escritores. — II. La oposición parlamentaria. — III. El desorden general. — IV. El optimismo. — V. El peligro.

I. — La oposición de los escritores

Después de la conmoción que sufrió la Iglesia y de los grandes trastornos que ocurrieron en el Estado en el siglo xvi, la reforma católica y los reyes habían restablecido la autoridad en una y en otro. Había llegado una época de disciplina rígida; en religión, como en política, Luis XIV había querido suprimir toda resistencia, toda disidencia, y por un momento lo había conseguido porque los hombres de su siglo, después de tantas agitaciones, deseaban el orden y la autoridad. El aplauso casi unánime que siguió á la revocación del Edicto de Nantes demuestra que el rey estaba de acuerdo con su pueblo. Mas no tarda en comenzar un movimiento á la inversa, y aunque en esto hay que reconocer el fenómeno del reflujó después del flujo de la marea eterna, es menester convenir en que los rigores del régimen de violencia y las desdichas y la decadencia del reino precipitaron aquel movimiento. Repentinamente, á la muerte de Luis XIV, un espíritu nuevo se escapa del estado de compresión que lo aprisionaba.

La oposición al régimen fué universal; como nadie estaba contento con su suerte, cada cual manifestó su descontento á su manera. Y la manera más ruidosa fué la de los escritores.

En tiempo de la Regencia, la ironía empieza á manifestarse en las sátiras de Voltaire y en las *Cartas persas* de Montesquieu; sonríese maliciosamente durante el siglo, en toda la obra de Voltaire, en los escritos de sus imitadores, en las correspondencias y en las conversaciones, y de todo saca partido: de un acuerdo del Parlamento, de un decreto del Consejo, de la conducta de las personas principales, de un tratado de paz, de una batalla perdida, de una pastoral de un obispo, de una bula pontificia. La ironía busca en todas las cosas el motivo de risa y destruye el respeto por el miedo al ridículo.

La elocuencia apareció, á mediados del siglo, mezclada con sarcasmos en Diderot y con imprecaciones en Rousseau, y esta elocuencia filosófica fué escuchada ávidamente, porque la elocuencia religiosa guardaba silencio y el alma francesa necesita oradores que hablen á sus sentimientos nobles, como necesita ironistas que diviertan su malicia natural. La elocuencia fué tan poderosa como la ironía é inspiró cóleras y entusiasmos.

Una gran curiosidad intelectual inició á las inteligencias en problemas nuevos, curiosidad que se fijó en la antigüedad griega y en la romana, sobre todo en esta última, en la antigüedad nacional, en los pueblos de Europa y en los lejanos pueblos del Asia, unos y otros hasta entonces desconocidos; que se informó de las costumbres, de las religiones y de las leyes, buscando al hombre en todos los climas y en todos los momentos de la historia, y que se apasionó por las ciencias puestas al alcance de todo el mundo por los mismos sabios, que eran escritores, y por los vulgarizadores, tan numerosos y tan hábiles.

La Iglesia fué atacada por la crítica de los dogmas y de la institución eclesiástica y por la ciencia. Voltaire, Rousseau y tantos más con ellos predicaban el deísmo que borra en el carácter nacional un distintivo particular, el distintivo católico francés. Dios ya no es el Dios que después de haber elegido un pueblo, el pueblo de Israel, en tiempos del Antiguo Testamento, eligió otro en tiempos del Nuevo, el pueblo de los francos; que bautizó y consagró por el milagro de la santa ampolla á Clodoveo, el primer rey cristiano; que realizó sus «Gestas» por el brazo de los francos, que honró á Francia con la santidad de San Luis, que convirtió á Enrique IV y dió un Luis XIV—*a Deo datus*—accediendo á las plegarias de Luis XIII, de la reina Ana y de Francia. El Dios filosófico es un vago Ser supremo que se defiende mal, una vez borrada su personalidad, contra el materialismo y el ateísmo.

El Estado vióse atacado por la crítica de todos los abusos, por la comparación de otros sistemas de vida y por la admiración de la antigüedad romana, de la constitución inglesa y de la constitución americana. También en este punto se borra un distintivo francés; la nación pasa á formar parte de la vaga humanidad, como la religión del vago deísmo.

Que los efectos de esa gran revolución en los espíritus fueron temibles, es evidente; pero hay que imaginarse las causas de ello. La Iglesia está desacreditada por la intolerancia, por el servilismo y por la hipocresía de los devotos de la corte de Luis XIV envejecido y sobre todo por la negligencia de los deberes de predicación y de acción cristianas. En cuanto al conflicto entre la fe y la razón, era inevitable: la ciencia, desde el siglo xvi, merced á sus grandes descubrimientos, proponía la explicación del universo y del hombre que contradecía la tradición cristiana; y el estudio de las religiones pasadas y contemporáneas inducía á creer que la religión no es sino un fenómeno como los demás, sometida á las condiciones de tiempo y espacio.

Compréndese también perfectamente por qué los hombres del siglo xviii se dedicaron á buscar en el estudio de las constituciones antiguas ó extranjeras ó en su propia razón consejos para establecer una constitución de la monarquía francesa. En verdad no fueron los

simples imitadores ó los puros idealistas que algunos han supuesto acusándoles por ello, sino que consultaron, tanto como su razón y la experiencia ajena, la experiencia francesa y las necesidades reales del país. Pero era imposible en Francia hacer derivar un gobierno libre de tradiciones hacía mucho tiempo olvidadas; después de Luis XIV, nadie habría sido capaz de decir cuáles eran aquellas tradiciones nacionales. Ya en tiempo de la Fronda «buscábanse las leyes como á tientas»; después de Luis XIV, ni siquiera se buscaban. Las palabras «leyes fundamentales» eran empleadas á menudo en las contiendas entre la Corona y la Escribanía mayor, que no estaban de acuerdo sobre el significado de las mismas. Aquellas disputas eran pedantescas, sin eficacia posible, pues no se quiso perder el tiempo en buscar, como decía el conde de Antraigues, «los derechos que desde hace siglos duermen en el polvo de los archivos.»

La prueba de que todo ese movimiento de ideas y de sentimientos que se denominaban filosofía del siglo xviii procedía de causas profundas, está en el hecho de que no encontrase vigorosas resistencias.

La Iglesia no se defendió más que formulando sus quejas de costumbre y apelando al brazo secular; y si bien tuvo escritores que combatieron á los filósofos y demostraron que Voltaire había incurrido en ligerezas y en errores, fueron pocos en número y de autoridad insuficiente. No se reunió para hacer frente al enemigo como en el siglo xvi y á principios del xvii; la labor de erudición católica quedó menos que en suspenso y ninguna voz ilustre habló desde el púlpito. Parecía como si ya la Iglesia no se interesara más que por las machaquerías de su contienda con el jansenismo. Roma dolíase de ello, y, según refiere el duque de Nivernais, embajador cerca de la Santa Sede, habiéndose solicitado de Benedicto XIV que interviniese en aquel asunto internacional, el papa escribió, en 1750, al cardenal Rohán que «recordaba con pena los tiempos en que los jefes de la Iglesia de Francia se ocupaban de trabajos útiles y edificantes y veía con amargura que ahora no se ocupaban más que de niñerías (*ragazzate*).»

El rey defendió ciertamente su régimen, encerrando á algunos escritores en la Bastilla y obligando á otros á expatriarse; pero eran penas leves considerando la enormidad de los delitos y lo que les habría costado á quienes se hubiesen atrevido á cometerlos en tiempo de Luis XIV. Luis XV no era sólo un indolente, sino que, al parecer, inclinóse á la tolerancia: «Habría querido—decía el príncipe de Beauvau—que la filosofía fuese más moderada y no se difundiese en una parte de la nación que no puede comprenderla nunca.» Quesnay, que vivió en su intimidad y le quería, ha dicho de él: «Ha abierto las barreras á la filosofía, á pesar de la gritería de los devotos, y la *Enciclopedia* honrará su reinado.» Luis XVI permitió el triunfo de Voltaire en París, leía los periódicos enemigos, compró un ejemplar de la *Enciclopedia* y no estaba entusiasmado con la «clerigalla», como dijo en cierta ocasión.

Casi ninguno de los numerosos ministros de los dos reinados fué verdaderamente un hombre de autoridad. Los agentes del gobierno, gobernadores de provincia, intendentes y comandantes de tropas se han suavizado extraordinariamente; sufren, como hemos visto, inju-

rias y hasta golpes en los motines y aconsejan, enfrente de los sediciosos, paciencia y prudencia, repitiendo: «¡Cuidado, cuidado!» Desde lo más alto á lo más bajo, existe «un aflojamiento de todos los resortes de la constitución francesa», decía Lavoisier en 1786. Parece como si se confesase que se han cometido culpas; en todo caso, se tiene el convencimiento de que ya no pueden hacerse muchas cosas que se hacían en tiempo de Luis XIV; se tiene menos seguridad del propio derecho y no se tiene confianza alguna en la fuerza.

Es, pues, una injusticia achacar á los filósofos la destrucción del Estado y de la Iglesia que por sí mismos se destruían (1); lo es también imputarles el menosprecio de las antiguas tradiciones caídas en el olvido; pero no lo es menos negar que ejercieron influencia en la historia. Si no fueron ellos los que hicieron su siglo, sino que nacieron de él; si Voltaire, en particular, siguió la opinión general con docilidad perspicaz y para él provechosa, en cambio concretaron las ideas y los sentimientos de sus contemporáneos, dándoles bella forma; propusieron á todos los hombres un ideal de razón, de justicia y de libertad inspirado en el sentimiento novísimo de la dignidad humana; emanciparon, para honra suya y nuestra, á la humanidad de muchas servidumbres; sembraron ideas que volveremos á encontrar en las asambleas revolucionarias, y sugirieron los términos de la *Declaración de los derechos del hombre*. Todos los espíritus ilustrados de 1789 eran discípulos de los filósofos, de Voltaire, de Rousseau, de Montesquieu; é indudablemente una luz difusa penetró en las masas profundas.

Por lo demás, no es cierto que los escritores más eminentes, aquellos cuyos nombres todo el mundo conoce, hayan influido en la opinión tanto como los modestos, autores de tantos libelos cortos y de «gacelines» que se distribuían entre la multitud. Según observó Caraccioli, se leían los folletos que han suplantado las «obras profundas que inmortalizaron la nación.» Aquella moneda menuda filosófica circula por todas partes: en Francia, afirma otro extranjero, el alemán Storch, se lee en el coche, en el paseo, en el teatro, en los en-

(1) Ni Voltaire ni Rousseau deseaban la revolución. Voltaire pronunció esta palabra y anunció que «los jóvenes verían cosas estupendas» y que se armaría «un gran zipizape», pero no sabía á ciencia cierta lo que esto quería decir. En el fondo era muy conservador y nada demócrata, y aunque á veces pidió que el pueblo, «no tan imbécil como se cree», fuese instruído, en otras ocasiones contradijo aquel concepto, como cuando afirmó que «el pueblo será siempre tan necio y tan bárbaro... Son bueyes que necesitan un yugo, un aguijón y heno.» Rousseau temía los grandes cambios y en el *Discours sur l'inégalité* (*Discurso sobre la desigualdad*) dijo que no habría querido «vivir en una república de nueva institución» y se espantó ante la idea de una revolución en Francia: «Nadie ignora cuán peligroso es en un gran Estado el momento de anarquía y de crisis que precede necesariamente al establecimiento de un nuevo régimen; júzguese, pues, cuál sería el peligro de conmover una vez las masas enormes que componen la nación francesa. ¿Quién podrá contener la conmoción producida ó prever todos los efectos que pueda causar? Aun cuando fuesen indiscutibles todas las ventajas del nuevo plan, ¿qué hombre de buen sentido se atrevería á acometer la empresa de abolir las viejas costumbres, de cambiar las viejas máximas y de dar al Estado otra persona distinta de aquella á que le ha traído sucesivamente un espacio de tiempo de mil trescientos años?»

Sobre este asunto de los *Filósofos y la Revolución*, véanse Edme Champion, *Esprit de la Révolution française*, y Roustán, *Les Philosophes et la Société française*, citados en la pág. 372.

tractos, en el café, en el baño, en las tiendas y en las puertas de las casas los domingos; los lacayos leen en la trasera del carruaje, los cocheros en sus pescantes, los soldados en sus cuerpos de guardia, los mandaderos en las estaciones. La curiosidad francesa, ya de sí viva, hállase excitada por el anuncio de novedades. Y se habla, además; la locuacidad francesa está también avivada: se charla en la antecámara del rey, en los salones, en los cafés, en las cofradías, en los clubs, en las logias masónicas, en las calles estrechas, en donde todo el mundo se conoce, en las encrucijadas, en donde oradores al aire libre reúnen á su alrededor á oyentes que gritan y aplauden. En provincias, hay ciudades muertas que parecen no darse cuenta de nada; pero otras se conmueven y se agitan. Se habla hasta en las aldeas, pues los campesinos estaban entonces menos aislados que ahora, porque se reunían al salir de misa para oír «anunciar» y para leer los carteles en el pórtico de la iglesia; además la municipalidad celebraba regularmente sus asambleas y, por otra parte, los habitantes de la ciudad llevaban á la gente del campo ideas, noticias y papeles.

La lectura y la conversación enardecieron los ánimos en Francia, formándose entonces una opinión pública; ahora bien, Nécker dijo que «la mayoría de los extranjeros difícilmente se forman una idea exacta de la autoridad que la opinión pública ejerce en Francia y á duras penas comprenden lo que es un poder invisible que, sin tesoros, sin guardia y sin ejército, dicta leyes á la ciudad, á la corte y hasta al palacio de los reyes. Y sin embargo, nada más cierto, nada más digno de notarse.»

II. — La oposición parlamentaria

Otra oposición muy distinta, cuyos efectos pueden comprobarse de una manera precisa, fué la de los parlamentos; por ella vióse el rey castigado de su conducta para con la alta magistratura.

La venalidad de los cargos de la judicatura había sido en un principio un expediente del régimen fiscal; el rey los había vendido para hacer dinero. Mas tarde vióse que la venalidad y la transmisión hereditaria, que fué de ella consecuencia y que el monarca vendió también, tenían sus ventajas: aseguraban la independencia del juez en bien del litigante; creaban familias profesionales interesadas en el honor de la profesión; daban al tercer estado el medio de elevarse á la nobleza, y permitían hablar enérgicamente al rey en las representaciones. Pero en cambio cerraban la carrera á quien no podía pagar el ingreso en la misma; los azares de la herencia llevaban á los cargos á hombres ineptos, ignorantes ó perezosos, y la tentación de sacar el mayor interés posible del capital invertido inducía al abuso de las especias. Aquellas familias propietarias, ó mejor dicho arrendatarias de la justicia del rey, enamoradas de su función y de su poder, juntáronse en una casta altanera, prendada de sí misma, conservadora de sus privilegios, de sus fórmulas y de sus hábitos. Finalmente, con el comercio de los cargos, la magistratura, al decir de Colbert, atraía á sí «la mayor parte del dinero del reino.»

Se recordará que Luis XIV intentó una reforma de

la magistratura que luego abandonó, contentándose con reducirla al silencio y á la obediencia anulando casi su función política; pero á su muerte el Parlamento recobró el uso de sus derechos políticos y el conflicto reproducido entre él y la Corona llegó á revestir las proporciones de gran acontecimiento. Entonces el gobierno echó mano de todas sus quejas contra la venalidad, recordando un día á la magistratura su funesto origen, puesto que había nacido de la «desdicha de los tiempos;» y un hombre de Estado, Maupeou, atacó de frente á aquel poder adverso, viéndose apoyado por el rey, quien, herido en su orgullo de soberano por el orgullo de los «altos togados» y «sus sentimientos de república,» mostróse firme en su voluntad y declaró que «no variaría jamás.» El antiguo régimen de la magistratura fué abolido; el golpe terrible que aconsejara Colbert, había sido, pues, asestado, y pareció cumplida la máxima de aquel osado ministro: «Los grandes golpes se ejecutan en Francia tan inmediatamente como los pequeños y en seguida ya no se piensa más en ellos.» Murió Luis XV, y toda clase de pasiones, de intereses, de intrigas, de ilusiones, por ejemplo la ilusión del populacho de ver en los parlamentos á los defensores del pueblo, se soliviantaron y consiguieron que el Parlamento fuese restablecido. Y casi al día siguiente del restablecimiento, reanudóse la guerra entre la magistratura y la Corona, y el Parlamento fué desterrado y establecido de nuevo; otra vez estalló la guerra, más violenta que antes, y se intentó otra reforma á lo Maupeou y una vez más echóse atrás el monarca.

Aquella política de amenazas y debilidades, altiva y miedosa, tuvo consecuencias en extremo graves.

Los parlamentos, en el curso de sus contiendas, redactaron la teoría de sus derechos; reivindicaron sus «funciones primitivas, exclusivas y características,» que consistían en juzgar no «algunos pleitos particulares,» sino «la equidad y la utilidad de las leyes nuevas, la causa del Estado y del público, el orden y la tranquilidad del reino;» declararon la guerra á «la arbitrariedad,» repitieron en sus representaciones las palabras «tiranía» y «despotismo;» proclamaron los derechos de la libertad individual; aconsejaron la desobediencia á las reales órdenes de prisión ó de destierro; y recordaron que el pueblo francés es un pueblo «franco,» es decir, un pueblo «libre.» La primera vez que el Parlamento de París puso enfrente de los derechos del rey «los derechos y los intereses de la nación,» el rey se incomodó: «Los derechos y los intereses de la nación, de los que hay quien se atreve á hacer un cuerpo separado del monarca—replicó Luis XV—están necesariamente reunidos en mis manos y sólo en mis manos descansan.» Pero los parlamentos persistieron en hacer de la nación una persona distinta y prepararon la substitución de la fórmula antigua «Dios y el rey» por la fórmula «La nación, la ley y el rey» que pronto había de triunfar.

Los parlamentarios combatieron sobre todo los edictos fiscales y entregaron á la execración pública á la alta banca. El Parlamento de Ruán dice que no puede «resolverse á contribuir á la ruina de la nación ni tolerar que ésta sea consumida por la destrucción de las leyes y el triunfo de los opresores públicos.» El de Rennes hace el proceso detallado de los asentistas, «alterados con la sangre de los pueblos» y que ostentan su

«lujo,» su «suntuosidad,» «sus fortunas rápidas y escandalosas.» ¿Por qué no se toman de «esos empleos financieros cuyos productos exceden del capital y de los intereses,» y de «los enormes beneficios que han logrado en las últimas guerras, los recursos que se necesitan?» Esto «no sería más que una restitución hecha al público.» Denuncia los procedimientos de los arrendatarios generales que consiguen, merced á acuerdos del Consejo, «una extensión ilimitada de los edictos» y pregunta: «¿Qué es, pues, esa asociación financiera, única que, en medio del país sometido, se levanta por encima de la Ley?»

La magistratura recuerda al rey que «el impuesto sólo es legítimo para los gastos hechos en interés del Estado;» le echa en cara los que «el lujo ha engendrado y la debilidad y la voluptuosidad mantienen» y que bastarían para «cubrir los gastos de la guerra,» y pone en contraste con las riquezas adquiridas por «los beneficios del rey» ó por «la depredación de su hacienda» y la miseria de los pueblos que reclaman su «subsistencia.»

Las representaciones más enérgicas de los parlamentos fueron impresas. Esas teorías, esas críticas vehementes interesaban y apasionaban desde luego á todos los que junto á los parlamentos vivían: procuradores, abogados, notarios y curiales. Los parlamentarios, tal vez más que los filósofos, prepararon para las ideas nuevas á los «legistas» cuya autoridad fué tan grande en las asambleas revolucionarias; pero las graves palabras de los altos magistrados también penetraron en el público. El efecto que producían era tanto mayor cuanto que los parlamentarios y la Asamblea del clero, por la que casi nadie se interesaba, eran los únicos que hablaban al rey en persona por medio de las embajadas que le entregaban las representaciones, y los que llevaban la voz pública en un país tan aficionado á oír hablar. Y al hablar al rey hablaban contra el rey. Los parisenses veían desfilar carrozas llenas de magistrados que se dirigían á Versalles, á Fontainebleau ó á Compiègne. Cuando el Parlamento regresó de su destierro de Troyes, la multitud salió á recibirle, las arenqueras coronaron de flores al primer presidente que de nuevo ocupaba su silla, y las fiestas con que fué celebrado el «restablecimiento» tuvieron todo el carácter de motines. El Parlamento fué durante mucho tiempo admirado por la burguesía, de la que había salido, estaba emparentado con la nobleza y tenía amigos en la corte y hasta en la familia real; así, después del golpe de Estado de Maupeou, los príncipes protestaron contra el atentado de que habían sido víctimas la propiedad de los magistrados y la libertad de los súbditos: «Estos actos hacen temer que las puertas del trono están cerradas á toda reclamación y que una arbitrariedad absoluta se introduzca en el gobierno.» En torno del Parlamento se formaba «la concentración» de los descontentos; y *La Correspondance secrète* anuncia, en marzo de 1788, que la magistratura prepara «una revolución nacional.» El Parlamento acabó por aceptar la idea de los Estados generales, pues aunque no se sentía inclinado á desear la convocación de los mismos, temeroso de la competencia de aquel organismo poderoso y convencido, por el recuerdo de la *Curia regis*, de que él era los Estados en permanencia y «el intermediario entre los

reyes y los pueblos,» cuando el conflicto con la corona tomó carácter violento, proclamó el derecho de «la nación reunida en asamblea» á consentir los impuestos.

El Parlamento fué quien, rechazando los impuestos nuevos é impidiendo los empréstitos, hizo inevitable la convocación que todo el mundo, á decir verdad, deseaba. Al mismo tiempo, por lo ruidoso de su oposición, por la famosa sesión de treinta horas, por los motines de los curiales en París y en las provincias, por sus censuras contra la represión y sus acusaciones contra la policía, contribuyó positivamente á crear un estado de espíritu revolucionario.

III.—Desorden general

En la primavera de 1788 empieza una gran crisis; toda Francia se halla presa de una especie de delirio, y sucesivamente, ó muy cerca unos de otros ó simultáneamente, prodúcense hechos muy diversos, pero todos alarmantes: el 5 y el 6 de mayo, la sesión de treinta horas del Parlamento de París; el 8, la sesión solemne en que el rey presenta los seis edictos; en mayo, junio, julio y agosto, disturbios en todas partes, en las ciudades de bailío y sobre todo en las ciudades de parlamento. Los parlamentos se coligan, sostienen correspondencia entre sí y organizan sediciones. En Pau, los montañeses se apoderan de la ciudad y el Parlamento y los Estados provinciales hacen causa común; los Estados invocan los «fueros» de 1098 y los magistrados, en su cualidad de «ciudadanos de un país extranjero respecto de Francia aunque sometido al mismo rey,» se niegan á aceptar los edictos que desde París se imponen á ese Bearn «que nunca ha llegado á ser una provincia francesa.» En Rennes, motín popular, de estudiantes, abogados é hidalgos y conciliábulos en los castillos de la provincia; en Grenoble, toda la gente de toga en movimiento, el populacho agitado, curas y monjas que predicán la resistencia, coalición del Parlamento y de la provincia, aviso al rey de que, si mantiene los edictos, el Delfinado se considerará como enteramente libre de compromiso de fidelidad al soberano; después la «Jornada de las tejas,» en la que combaten las gentes del mercado, de los arrabales y de la montaña, y finalmente burgueses é hidalgos que por su propia autoridad restablecen los Estados de la provincia que se reúnen en Vizille.

La desgracia de Brienne, el nuevo llamamiento de Nécker, en agosto de 1788, y el anuncio de los Estados generales determinan un momento de calma; pero pronto se reanuda la lucha entre el partido «nacional,» creado recientemente, y los privilegiados. El Parlamento pierde su popularidad por haber mostrado, á propósito de la convocación de los Estados, sus intenciones reaccionarias; y como consecuencia de ello se derrumba su autoridad, que habría podido moderar á los violentos, porque seguramente no deseaba una revolución. El tercer estado y los privilegiados se disputan en todas las provincias por la cuestión de «la duplicación» de aquél, y á fines de 1788 y á principios de 1789 pronúncianse palabras violentas y circulan escritos violentos. En Rennes, la juventud de las escuelas, poco ha de acuerdo con los hidalgos, dispara ahora contra ellos sus fusiles. Varias ciudades envían diputaciones al

rey; otras de diferentes provincias se coligan. Después entran en acción los que no tienen trabajo y los que se mueren de hambre, víctimas del tratado de comercio de 1786, de las lluvias de 1787, de la sequía y del pedrisco de 1788. No hay una comarca y no se pasa un mes sin una sublevación; palabras y actos respiran odio social, y en abril estalla en París el motín del arrabal de San Antonio.

Parecía llegado el fin de todo y noticias llegadas de todas partes hacían creer en un cataclismo próximo:

«Ha pasado la hora de las canciones y de los epigramas—dice una carta de junio de 1788—y ha llegado la de las angustias y de la consternación. El pueblo se ha armado en varias provincias; ha habido ya encuentros con las tropas regulares y los hermanos han derramado la sangre de sus hermanos; y sabido es cuán difíciles de curar son estas heridas. Se teme seriamente que Borgoña, el Franco Condado y el Langüedoc se unan al Delfinado, á Guiena y á Bretaña, y que poco á poco la rebelión se comunique á todo el reino.»

IV. — El optimismo

Sin embargo, por muchos que hayan sido los desórdenes, no debe exagerarse su importancia. Durante el Antiguo régimen, nunca el reino estuvo enteramente tranquilo: el reinado de Luis XIV había sido turbado por motines y rebeliones más graves en las que habían tenido que intervenir ejércitos; en tiempo de Luis XV y de Luis XVI, son escasas las fuerzas que han luchado de una y otra parte. Todos aquellos movimientos están ligados imperfectamente; así, la coalición de los hidalgos y del tercer estado, intentada en varios puntos y en diversas ocasiones, se disuelve muy pronto. El Parlamento, que ha perdido su popularidad, ha pasado á ser una institución inofensiva, y las mayores violencias, las de los hambrientos, eran accidentales. La circunstancia de que todos esos desórdenes precedieran á la Revolución hace que nos parezcan formidables; pero no era fatal que de ellos naciera la Revolución. El autor de la carta que acabamos de citar hablaba sólo de la necesidad de cambiar el ministerio. La monarquía y el monarca estaban muy por encima de aquellas agitaciones, y nunca un rey de Francia fué amado con tanto entusiasmo como Luis XVI después que hubo convocado los Estados generales.

Todos aquellos á quienes el Antiguo régimen atormentaba con sus abusos en la vida cotidiana, ó cuya conciencia ofendía, ó cuyas aspiraciones á la libertad, á la justicia y á la humanidad contradecía, pusieron enteramente sus esperanzas en el rey. En nadie más podían ponerlas: el rey reina desde hace siglos; ha creado la Francia reuniendo todos sus territorios bajo su mando; le ha proporcionado, en sus buenos días, poder y gloria; y por el hecho mismo de haber dejado la obra monárquica sin terminar y la Francia en estado de «agregación inconstituida de pueblos desunidos,» de no haber convocado los Estados generales en ciento setenta y cinco años y de haber reducido ó destruido los privilegios y las libertades de las provincias y de las ciudades, él es el único que vive y reina en medio de todos esos restos de cosas que vivieron y que no viven ya. Por esto en él se fijan todas las miradas.

La gran esperanza iba acompañada de un gran optimismo. Es verdad que muchos previeron y predijeron una revolución que había de ser terrible, y aún podrían citarse una serie de profecías de desdichas muy concretas y algunas dramáticas; pero la mayoría de los franceses no sentía la menor inquietud. La filosofía había dado confianza en la razón de la cual se esperaba simplemente la «felicidad;» y las gentes creían que la humanidad, esa «filosofía del corazón,» había suavizado las almas. Uno de los grandes señores liberales, el duque de Levis, ha confesado este optimismo; preveía disturbios, pero no horrores: «Los horrores de la Liga no eran ya posibles;» la «guerra civil,» si es que estallaba, «se haría con más urbanidad;» las categorías sociales se reconciliaban poco á poco; los grandes se volvían buenos, caritativos, filántropos, y los pequeños crecerían con «el tiempo, que eleva las llanuras por encima de las montañas.» El mal régimen parece desaparecer por sí solo; la vida empieza á ser buena; el amor á la paz ha sucedido á las malvadas locuras guerreras; el arado está en predicamento; se navega, se comercia y las ciudades se embellecen; florecen las ciencias y las artes; las viviendas son mejores, los carruajes más suaves; los caminos están mejor conservados; las posadas son más limpias y más numerosas; hay menos ceremonia en la corte, más libertad en la alta sociedad, y la conversación, más familiar y más decente, tiene grandes encantos. Y van á verse cosas nuevas y siempre es divertido «salir de aquel enojoso círculo que trazaba á cada cual sus ocupaciones.» Aquel gran señor observó perfectamente dos causas del optimismo en vísperas de la catástrofe, dos causas esencialmente francesas: el entusiasmo y el amor á la novedad.

En aquellos que no pertenecían á la corte, que no iban en carruajes «más suaves» ni se albergaban en «posadas más limpias,» la esperanza obedecía á otras causas. Los humildes cifaban la suya en el corazón y en la inteligencia del rey y creían que éste ignoraba sus males: «¡Ah, si el rey supiese!» Pues bien, van á reunirse los Estados generales y todo el que ha querido hacer saber algo al rey se lo ha dicho en el cuaderno de las peticiones; ahora «el rey sabrá» y se acabarán los males.

Además, parece que todo el mundo haya resuelto ser prudente; hasta los partidarios de las grandes reformas aconsejan moderación y prudencia. «La gente tenía miedo—ha dicho Garat—de penetrar y avanzar en los caminos en donde no se veía la menor huella de los siglos.» Y Target, en los *États généraux convoqués par Louis XVI (Estados generales convocados por Luis XVI)*, aconsejaba:

«Reparar en vez de demoler, corregir en vez de destruir. Hay en el mismo mal, cuando es obra del tiempo, una armonía que sostiene el edificio y que no siempre se encuentra en el bien, cuando éste es obra repentina de los hombres.»

La Asamblea constituyente oír á Mirabeau decirle: «No somos salvajes que llegan á las orillas del Orinoco para fundar una sociedad; somos una nación vieja y tenemos un gobierno, un rey y prejuicios. Es menester, en cuanto sea posible, acomodar las cosas á la revolución y salvar la instantaneidad de la mudanza.» Igual prudencia se observa en muchos cuadernos:

«tener paciencia;» «no correr sin tomar aliento esa inmensa carrera;» «volver á la buena carretera por el atajo que encuentre menos obstáculos;» «esperar aún, diferir el bien,» con tal que sea permitido garantizar la esperanza del mismo á esos pueblos infortunados que apenas se atrevieron á contar con él. Los cuadernos no pedían nada que fuera irrealizable; los tres órdenes se hacían concesiones mutuas y ni el tercer estado quería destruir toda la jerarquía ni los privilegiados mantener toda la injusticia social. Certo que los tres órdenes estaban de acuerdo para querer la libertad garantizada por una constitución; pero «todos los mandatos sin excepción—dice Malouet en sus *Memorias*—dejaban al gobierno monárquico su estabilidad y al rey un poder suficiente, y respetaban la religión, la propiedad, toda la parte esencial de las instituciones.»

De aquí que nadie, ni aun los inquietos, se imaginara todo el peligro que vemos después de acaecidos los hechos y á la distancia en que nos hallamos.

V. — El peligro

Bajo las apariencias de concordia ocultábanse profundos disencuentros. No hacía mucho tiempo que los privilegiados, dondequiera que habían podido, habíanse esforzado por impedir la doble representación del tercer estado en los Estados generales. «La guerra estaba declarada—como ha dicho Mallet du Pan—entre el tercer estado y los otros dos órdenes;» y las razones seculares de este conflicto no podían ser abolidas por una hora de entusiasmo.

Aunque los cuadernos de 1789 sean un documento de gran valor sobre el estado de alma de la nación, no debe olvidarse que, en el momento en que fueron redactados se obedecía á sentimientos de conciliación, ni sobre todo que no todo el mundo pudo expresarse en ellos con entera libertad; los aldeanos, por ejemplo, estaban en peores condiciones que los ciudadanos para hablar; los violentos, los que en sus libelos vomitaban su odio y sus injurias, no fueron á declarar á los redactores de los cuadernos sus pasiones revolucionarias; y las quince ó veinte «facciosos» que fueron diputados en los Estados generales, disimularon durante mucho tiempo sus odios y sus esperanzas.

Los consejos prudentes de método y las exhortaciones á la paciencia proceden de las gentes ilustradas, discretas, que pueden esperar, porque no son de las más desgraciadas, y que saben perfectamente que perderían mucho en un total trastorno; pero los que creen que lo pueden ganar todo, los que no tienen nada que perder y no racionan, como los aldeanos, los sin trabajo y los hambrientos, ¿escucharán los consejos de prudencia?

Pero hay algo más particularmente grave: van á reunirse los Estados generales, es decir, personas vivientes, no ya sentimientos ni ideas, se encontrarán frente á frente; los diputados se congregarán en una sala, se mirarán, se oirán, se animarán, se excitarán. La elocuencia va á desempeñar su gran papel y Francia entera escuchará; en las calles se vocearán escritos y en las encrucijadas y en los jardines, oradores hablarán á las multitudes. Para evitar el desorden y la perturbación de los espíritus, hubiera sido preciso que se supiese lo que iba á

hacerse, y, según Young, «no había ninguna idea formada sobre los Estados generales.» Verdad es que podía sacarse de los cuadernos todo un programa claro de reformas; pero ante todo, ¿como se entendía la reforma política, por la que era preciso comenzar ya que la votación de la constitución había de preceder á la votación del impuesto? Nada más difícil de encontrar que una constitución. ¿Qué criterio seguir? ¿Por dónde empezar? ¿Cómo pasar desde el estado confuso de Francia á otro estado? ¿Por cuáles transiciones? ¿Qué camino conduciría de un punto á otro? ¿Dónde habría que detenerse? Nadie lo sabía.

Había, pues, obscuridades en la voluntad nacional; pero ¿qué quiere la otra voluntad, la del rey, tan importante si no más que aquélla?

Malouet dió á los ministros este consejo:

«No debéis esperar á que los Estados generales os pidan ú os ordenen; es menester que os apresuréis á ofrecerles lo que las buenas inteligencias pueden desear, dentro de límites razonables, sea de la autoridad, sea de los derechos nacionales.»

Habría sido necesario, en efecto, declarar intenciones concretas en un programa que, dicho sea en honor á la verdad, no era de fácil redacción. Pero el rey y los ministros, obligados por la penuria financiera á convocar los Estados generales, esperaron salir del paso con el menor esfuerzo posible, aunque sin saber á punto fijo de qué modo; ni siquiera estaban decididos sobre la condición del voto por orden ó por cabeza. Van á presentarse ante los Estados con un enigma cuya solución ni ellos mismos conocen, pensando: «¡Ya veremos!» y esta era la mayor de las imprudencias. Porque lo que se verá será, en junio de 1789, cómo de pronto la Asamblea nacional constituyente se substituye á los Estados generales, es decir, la antigua constitución arruinada, la nación sucediendo á los órdenes é iniciada la Revolución.

La «guerra» declarada entre los dos primeros órdenes y el tercero estuvo entonces en su apogeo, y habría sido menester que el rey hubiese querido y podido ejercer funciones de árbitro entre los hermanos enemigos. Pues bien, es imposible afirmar que habría podido; pero es evidente que no quiso. En el período que precede á la reunión de los Estados, pareció querer mostrarse justo con el «hermano menor;» Nécker alabó públicamente las virtudes y los méritos del tercer estado y no faltaron quienes aconsejasen una alianza entre el rey y el pueblo, hablasen de «democracia real» é hiciesen observar que las dificultades opuestas á la convocación de los Estados generales habían cesado en cuanto el rey hubo gritado: «¡A mí, pueblo mío!» Evocóse el engañoso recuerdo del rey protector de las municipalidades francesas. Es verdad que el rey había solicitado y obtenido, en otro tiempo, el apoyo de las municipalidades; que más adelante empleó con preferencia á hombres de la burguesía en las funciones de gobierno; que con burgueses gobernó Luis XIV, quien excluyó de sus consejos á los prelados y á los grandes señores. Pero Luis XIV explicó por qué no eligió para ministros á «hombres de dignidad más eminente:» «He querido—dijo—que el público supiera, por la categoría de aquellos de quienes me servía, que no estaba en mí ánimo compar-